

donde la desnudez de los bañistas es casi una con el cuerpo azul del mar; por Ouro Preto, por Sabara.

Por más que no se anuncien los nombres de la geografía, al lado del viajero que llena otras de sus páginas descriptivas y líricas, ya sabemos que se trata de los paisajes chilenos, por la frutal compañía, por los árboles amigos. En valles de Aconcagua, matas de frutillas, nísperos de envolvente aroma y "los primeros tallos tiernísimos de yuyos y rábanos silvestres que tienen un remoto sabor a vacaciones de septiembre". El canto de los chincoles, las matas de boj, los nomeolvides. Después el otoño en la costa, el de las Dunas, de los preciosos sonetos de Pedro Prado. Los árboles de Chile, como el belloto, el arrayán, la fuerte araucaria, los estilizados álamos. La selva araucana. La costa de San Antonio.

Todo viaje escrito, y más todavía si con estas notas que saben a frutas y a espíritu, nos da la impresión de renovar viajes, de volver a ver lo conocido y adivinar lo que no vimos.

AUGUSTO ARIAS.

<https://doi.org/10.29393/At401-92TPCC10099>

*En torno al pensar mítico*, de MIGUEL DE FERDINANDY. Biblioteca Ibero-Americana de Berlín, tomo III, Berlín, Colloquium Verlag, 1961, 260 pp.

Los nueve estudios que este volumen contiene representan uno de los cauces por los que se ordenan y toman forma los variados intereses y el vasto saber de Miguel de Ferdinandy, historiador húngaro que desempeña actualmente la cátedra de Literatura de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico. Se trata en estos ensayos de las manifestaciones reiteradas de algunos grandes mitos y de su poder configurador en el folklore, el arte, la poesía y la historia. Las investigaciones del profesor de Ferdinandy rebasan el campo de estas formas de vida en Occidente: la Siberia septentrional, el cercano y el lejano Oriente le ofrecen ocasiones de constatar la constancia de ciertas figuraciones míticas. Esta constancia es objeto preferente de la atención del estudioso, no sólo porque a menudo hace posible reconstruir lo que el pretérito nos ha legado fragmentariamente, sino que porque las "repeticiones" de las formas básicas de un mitologema se iluminan unas a otras en cuanto a su sentido. Pero, además, o sobre todo, esta constancia es la ocasión y el tema de la teoría que quiere ser el fundamento de las investigaciones de este tipo. En el primero de los ensayos de *En torno al pensar mítico*, el que le da su título al volumen, el autor expone las líneas generales de su pensamiento acerca de los mitos y su significación, y declara al mismo tiempo, sus propias filiaciones teóricas: L. Frobenius, G. Grey y K. Kérenyi, los grandes investigadores de la humanidad guiada y moldeada por sus mitos. A estos nombres es necesario agregar el de C. G. Jung, cuya marcada influencia sobre Kérenyi encontramos también en el pensamiento de Miguel de Ferdinandy. Leemos que "...el mito... pertenece a un mundo en el cual los pensamientos humanos están determinados

por las formas prelógicas..." (p. 6). En las páginas siguientes después de explicar la conexión entre mito y culto ("Sin la posibilidad de revivir constantemente el mito por intermedio de los ritos culturales, perdería éste el ascendiente sobre el espíritu y destino del hombre..."), dice: "El mitologema es, por eso, un "saber" inmediato, espontáneo, acerca de las cosas, los eventos, los fenómenos de una situación preconsciente, y, por consiguiente, prehistórica del Hombre. Saber éste que en nosotros, en la mayoría de las veces, existe en un estado confuso, fundado en el subconsciente como la psicología moderna lo verificó..." (p. 8). "Los mitos... tienen por tema todo aquello que, siendo humano, no cae en el ámbito de la historicidad del Hombre" (p. 11). "...un mitologema cuanto más cerca está de su configuración más remota, tanto más debe transmitirnos acerca del saber primitivo del hombre sobre las cosas que hemos denominado "humanamente eternas" (p. 13).

Los estudios que siguen son una elocuente demostración de la flexibilidad de los criterios conceptuales de que se vale el autor. En ningún momento la característica fluidez de las figuras míticas o la variedad de los ámbitos en los que irrumpe su presencia —narración, plástica, historiografía, poesía— parecen constreñidas por convicciones rígidas. El profesor de Ferdinandy nos previene expresamente acerca de los peligros que entraña cualquier voluntad de reducir al mito a las formas de la racionalidad. Una investigación como la suya obtiene su fecundidad de un reconocimiento respetuoso del carácter peculiar del mito.

Enumeramos a continuación los temas de que se ocupan los ocho ensayos sobre los que no hemos dicho nada hasta aquí. El segundo y más extenso de todos, titulado *El paisaje mítico*, acerca testimonios remotos entre sí con el objeto de estudiar el complejo de figuraciones que giran en torno o un mundo otro que éste, a un mundo de los muertos. "Apolo, San Miguel, Chaba y los hiperbóreos" nos sorprende con la aproximación de las figuras del dios griego, el arcángel y el hijo menor de Atila. El cuarto ensayo se ocupa del problema de los amores contrariados de Apolo, antes de que éste llegue a ser Febo Apolo, el puro, el majestuoso. "El problema de la tradición como mito y poesía" y "Lo demoníaco en "Poesía y Verdad" de Goethe" se ocupan, respectivamente, en un sugestivo tema de *La Dama del Mar* de Ibsen y de un aspecto de la vida y obra del inagotable poeta alemán. El tema de la rueda como símbolo del macrocosmos y su manifestación en una obra de Miguel Angel da ocasión para una muy instructiva búsqueda de los antecedentes de esta representación en la Edad Media. El octavo y noveno ensayo serán de un interés acrecentado para el lector hispánico; sus títulos rezan: "Unamuno y Portugal" y "El Príncipe Preso. Una perspectiva mítica en la historia de España".

En quienes se inclinan a las cavilaciones gnoseológicas el libro del profesor de Ferdinandy despertará ciertas inquietudes características. Pues, como investigación positiva que es, parte de supuestos no clarificados, no sometidos a un examen crítico, lo cual pertenece al proceder regular de la ciencia. A poco andar, sin embargo, la investigación se extiende en consi-

deraciones teóricas en las que ocurren decisiones importantes, en las que se formulan juicios acerca de los supuestos tácitos en el punto de partida. Lo cual rebasa los procedimientos regulares de la ciencia positiva. Me explico, tal vez, mejor con ayuda de un ejemplo: los ensayos del profesor de Ferdinandy se fundan en el supuesto de que el hombre "primitivo" posee un alma dotada de una espontaneidad peculiar, la cual, a pesar de su peculiaridad, estaría dirigida, como la espiritualidad razonable, hacia el mundo para "saberlo" y pensarlo —a su modo, por cierto. Los contenidos que la espontaneidad mítica capta serían suyos exclusivos, de tal manera que no resultaría posible sustituir un mito por los productos de una espontaneidad diferente. En rigor habría que decir que los mundos de espontaneidad de tal manera diversas, como se insiste que son la mítica y la racional, no pueden dejar de ser, a su vez, inconmensurables. Pero en este libro el mundo de los mitos resulta ser uno en que los problemas, los temores, los deseos son los problemas, los temores y los deseos del mundo que conocemos, los "humanamente eternos", como con acierto los llama el autor. No hay, pues, una diversidad de mundos. Por lo demás sólo un mundo compartido —aunque sea en medida mínima— hace posible la reconstrucción histórica, la reflexión acerca del pasado, su revivificación. Por otra parte ¿qué duda cabe que hay una diferencia, y grande, entre el hombre de los mitos y el hombre moderno? Pero con constatarla no hemos resuelto aún el problema de la conceptualización adecuada de tal diferencia. Una investigación del mito parte del supuesto tácito de la conmensurabilidad de la edad mítica del hombre y de su edad actual. Toda negación del supuesto es una anulación de la posibilidad misma de la investigación que la contiene.

En la base de la manera como el profesor de Ferdinandy concibe la diferencia entre mito y racionalidad me parece encontrarse la oposición entre instinto y conciencia de Jung. Dejando aquí de lado la cuestión de los problemas intrínsecos a tal oposición, ¿podríamos decir que el esquema jungiano nos autoriza para hablar del mito y de su predominio como de un reino pre-lógico? ¿A qué clase de anterioridad se refiere la partícula "pre" en esta expresión? El carácter pre-lógico del mito ¿consiste en que el logos evoluciona a partir de él destruyéndolo, o más bien al contrario, realizando y potenciando aquél su carácter de pensamiento, "saber" acerca del mundo que el profesor de Ferdinandy destaca? ¿O es que el mito resulta pre-lógico sólo desde el punto de vista de la modernidad, esto es, como una consecuencia inevitable de la perspectiva que impone la interpretación histórica? Cualquiera que sea el caso: una respuesta a estas preguntas exige del esquema de la oposición entre instinto y conciencia lo que no puede dar, a saber, una explicación de las relaciones históricas entre las dos instancias. Admitir la existencia de tales relaciones concretas en el tiempo es, precisamente, haber sobrepasado la pura oposición que no tiene más sentido o alcance que los estrictamente formales. La superación, por su parte, de la mera oposición de los conceptos instinto y conciencia nos pone ante el deber de repensar

totalmente la ingente problemática de las relaciones entre mito y logos. Tarea ésta que, acaso, no sea la del historiador que puede hacer y, en efecto, hace lo suyo sin tener que echársela encima.

No podemos menos que saludar con regocijo esta publicación de la Biblioteca Ibero-Americana de Berlín, que pone al alcance del lector hispánico una investigación instructiva y estimulante y que se mueve en un área del pensamiento historiográfico actual mucho menos representada en las letras castellanas que en las de otros idiomas occidentales.

CARLA CORDUA.